

La antimetafísica del empirismo lógico

EL empirismo clásico, cuyos máximos representantes fueran Bacon, Locke y Stuart Mill, se oponía a la metafísica en el sentido despectivo que ha cobrado esta palabra en los círculos científicos modernos. Es decir, se oponía a las juglerías verbales, a los sistemas predominantemente deductivos, pero con pretensiones de validez empírica y, en general, se oponía a toda doctrina que en última instancia no descansase sobre la experiencia. El empirismo lógico, en cambio, declara oponerse no sólo a toda metafísica en el sentido despectivo que ha adquirido este término, sino también a toda doctrina que se pronuncie sobre cuestiones que, según los empiristas lógicos, no son problemas genuinos sino pseudoproblemas (*Scheinfragen, pseudo-problems*). Tales serían los que se formulan mediante proposiciones o conjuntos de proposiciones que los empiristas declaran carecer de significado (*meaningless statements, o pseudo-statements*). Entre estas cuestiones figura nada menos que la de la realidad del mundo exterior. Será, pues, preciso empezar por indagar qué entienden los neopositivistas por el significado o sentido de una proposición.

I

EL SIGNIFICADO DEL SIGNIFICADO

Todo el mundo concuerda en que ni la ciencia, ni la filosofía que se precie de científica ni, en general, actividad racional alguna, deben aceptar en su cuerpo de doctrina frases o proposiciones carentes de sentido (*sinnlos, meaningless*), esto es, absurdas. La cuestión es saber qué debe entenderse por proposición significativa. Va-

le decir, lo que se disputa es el criterio de significabilidad (*meaningfulness*).

Desde Bertrand Russell y Wittgenstein en adelante, los positivistas han debatido este asunto una y mil veces, pero todavía no parecen haber llegado a un acuerdo, pese a que acusan a lo que llaman metafísica (que es todo lo que no sea filosofía positivista) de ser *meaningless*, rechazándola y combatiéndola precisamente porque, según ellos, los sistemas metafísicos carecen de significado. Como es sabido, se ha escrito más de un sesudo trabajo sobre el significado del significado, pero en ninguna otra escuela filosófica se halla la confusión semántica que se encuentra en la semántica positivista.

Las cosas eran relativamente sencillas cuando Russell propuso por primera vez su clasificación de las proposiciones en significativas (*meaningful*) y no significativas (*meaningless*). El criterio propuesto por Russell era el siguiente: las proposiciones no significativas son aquéllas que no son falsas ni verdaderas, o sea, las que carecen de valor de verdad; las significativas, en cambio, son las que pueden ser, sea verdaderas, sea falsas. El ejemplo ya clásico de proposición no significativa fue dado por Wittgenstein: "Sócrates es idéntico". Esta proposición no puede ser sometida a *test* alguno para averiguar su valor de verdad, por lo tanto, carece de él, y, conforme a la definición, no es significativa.

Esto, que parece sencillo, no lo es tanto, pues la cuestión del significado de una proposición es remitida, de acuerdo con la definición positivista, a su valor de *verdad*. Y, si bien no es imposible llegar a un acuerdo sobre el valor de verdad de una proposición analítica, es en cambio poco

menos que imposible que dos filósofos, sean positivistas o no, se pongan de acuerdo sobre el valor de verdad de una proposición de contenido empírico (sintética, según la tradicional clasificación). Al menos, tal es lo que nos dice la experiencia, al mostrarnos las interminables discusiones que, sobre el significado de las proposiciones de contenido empírico, tienen lugar diariamente entre los positivistas. Veamos un par de ejemplos:

La frase "Dos más dos es igual a uno", es una proposición analítica, según los cánones positivistas (pues no se refiere a la experiencia) y falsa, según la aritmética; por lo tanto, es significativa, o sea, no es absurda, aunque sí falsa. En cambio, la frase "Dos más dos es igual a cuatro", pertenece a la clase de las proposiciones significativas y a la subclase de las verdaderas. Esto parece juego de niños. Las cosas se complican cuando interviene la consideración del mundo exterior; se complican para el empirismo lógico, que no quiere reconocer la realidad objetiva del mundo material y que, por lo tanto, no puede admitir la definición clásica de la verdad como correspondencia entre una idea y el objeto a que ella se refiere, o como adecuación del sujeto al objeto. A este respecto, vale la pena examinar el siguiente ejemplo: "El electrón existe entre dos observaciones sucesivas". Esta proposición es significativa para quienes reconocen la realidad del mundo exterior, pero no lo es para los agnósticos e idealistas subjetivos, a menos que, con Berkeley, añadan que, entre dos observaciones sucesivas, el electrón existe, pues es percibido por Dios.

Sin embargo, Reichenbach —quien juntamente con Carnap ejerció la dirección del empirismo lógico— sostuvo que la frase mencionada posee sentido. Y, lo que es más, dió un nombre a todos los procesos inobservados que tienen lugar entre observaciones sucesivas: los denominó *interphenomena*. Basándose en esta noción, Reichenbach propuso una interpretación personal de la mecánica cuántica¹, diferente de la usual, que fue propuesta por Bohr y Heisenberg. La mayoría de los positivistas han rechazado la interpretación de Reichenbach, y creo que con razón, pues ella admite que un objeto físico puede existir aún cuando no nos dignamos observarlo ni pensarlo, hipótesis ésta que se acerca peligrosamente al materialismo filosófico. Des-

de 1936, la interpretación dada por Bohr y Heisenberg a la mecánica cuántica había sido aceptada oficialmente por el movimiento empirista lógico, como perfectamente concorde con sus postulados; por su parte, desde que publicó el libro mencionado anteriormente, Reichenbach extremó su crítica a la interpretación positivista de la mecánica cuántica, terminando por declarar² que la palabra complementariadad, lejos de explicar o de eliminar las dificultades lógicas de dicha teoría, sólo las bautiza.

Otro ejemplo de las dificultades que encuentran los positivistas para decidir acerca del significado fáctico de una proposición e incluso acerca de su propia condición de significativa, nos lo ofrece Bridgman, el difusor del operacionalismo o instrumentalismo, doctrina que ha pasado a ser parte integrante del empirismo lógico. En los primeros tiempos de su actividad epistemológica —que tuvo una importancia histórica extraordinaria—, Bridgman³ sostenía que las únicas operaciones capaces de determinar el significado de una proposición de contenido empírico eran las destinadas a verificarla; más precisamente, que el significado de una proposición (no analítica) *consiste* en su modo de verificarla empíricamente. Cada vez que un físico teórico enunciaba un resultado obtenido por vía matemática, pero referente a un hecho material, los instrumentalistas le preguntaban: ¿Cuáles son las operaciones instrumentales, de laboratorio, que permiten verificar su aserto y, por lo tanto, darle un sentido? Tal ocurría hace unos años, en la época de auge del operacionalismo. Ahora el mismo Bridgman insiste en que no hay que subestimar la importancia de las "operaciones" hechas con lápiz y papel, eufemismo por operaciones mentales. Es verdaderamente notable el cambio operado en el pensamiento de Bridgman entre su célebre libro de 1927 y los artículos que publicó en *The British Journal for the Philosophy of Science* (1951)⁴. Naturalmente,

¹ Hans Reichenbach, *Philosophic Foundations of Quantum Mechanics* (Berkeley, University of California Press, 1946).

² Hans Reichenbach, *The Rise of Scientific Philosophy*. (Berkeley and Los Angeles, 1951).

³ P. W. Bridgman, *The Logic of Modern Physics* (New York, MacMillan, 1927).

⁴ Reunidos en el volumen *The Nature of Some of Our Physical Concepts* (New York, Philosophical Library, 1952).

tal cambio habla en favor de la elasticidad mental de Bridgman, pero, al mismo tiempo, es un testimonio en contra de la rigidez de las clasificaciones positivistas, que los filósofos empiristas lógicos (no así sus partidarios) abandonan sucesivamente con tanta premura como la que ponen en formularlas.

En resumen, los positivistas no parecen haberse puesto de acuerdo sobre un concepto clave de la filosofía positivista lógica, a saber, el de significado o sentido de una proposición. Y es natural que ello ocurra, pues es difícil enunciar una proposición significativa acerca de un hecho material (esto es, que se produce independientemente de nuestra conciencia y de nuestras operaciones instrumentales) si no se reconoce su objetividad, si no se admite la comparativa persistencia e identidad del mundo material en medio del flujo y variedad de nuestras percepciones e intelecciones del mismo.

El examen del significado del significado, que acabamos de hacer, nos permitirá encarar el problema de si el neopositivismo se limita a sostener que carece de sentido toda opción entre las hipótesis materialista e idealista, o si en rigor toma partido en favor de una de ellas.

II

LA SUPUESTA NEUTRALIDAD GNOSEOLÓGICA DEL EMPIRISMO LÓGICO

Entre las proposiciones que el empirismo lógico juzga metafísicas por carecer de significado, figuran las referentes a la existencia de la realidad material. En consecuencia, el empirismo lógico declara ser neutral; esto es, declara no tomar partido por el materialismo ni por el idealismo, corrientes filosóficas a las que califica despectivamente, y, por igual, de metafísicas. Tal neutralidad, de ser cierta, ¿no sería bastante grave tratándose de una filosofía que pretende encararlo todo con extrema seriedad y aún de manera científica? De una filosofía que no toma en serio una de las cuestiones centrales de la filosofía, ¿puede decirse que no sea frívola?

Veremos que no es así, que no hay tal neutralidad gnoseológica del empirismo lógico. En filosofía, como en las demás actividades humanas, interesan tanto las de-

claraciones explícitas como los actos. Por detrás de las declaraciones de neutralidad gnoseológica están los hechos, y éstos son manifiestos: el empirismo lógico no parte del objeto existente independientemente de la conciencia, no parte del mundo exterior; no parte, en suma, de la materia (sea ésta inorgánica, viva o cultural), y, por consiguiente, no es materialista. El punto de partida del empirismo lógico son las *observaciones* cuando se trata de la vertiente empírica del conocimiento; su punto de partida son las *proposiciones* (juicios), tratándose de la vertiente racional de la actividad cognoscitiva.

Pero unas y otras, observaciones y proposiciones, ¿no son acaso productos de la actividad del *sujeto*? Evidentemente, sí, la actividad empírica y la racional son propias del hombre, del sujeto cognoscente. Reconocerlo no implica, por cierto, adoptar una actitud idealista, sino atenerse al sentido común, la que sí comporta una actitud idealista es la afirmación de que la observación no implica un objeto *observado*, que se trata de observación a secas y no de la observación *de* algo. Es igualmente idealista la afirmación de que una proposición de contenido empírico, y por añadidura tenida por corroborada, tampoco implica la existencia objetiva de los entes a que ella se refiere. Y tales afirmaciones son características del empirismo lógico.

Toda filosofía que, como el neopositivismo, parte del sujeto y no del objeto, toda filosofía que se rehuse a admitir la existencia objetiva de los entes sobre los que se vuelca la actividad del conocimiento experimental, es obviamente una filosofía *subjetivista* o idealista⁶.

El empirismo lógico, que niega la existencia de objetos independientes de toda observación y de todo juicio —y que, de ser consecuente, debiera negar significado a los datos geológicos y paleobiológicos referentes a épocas anteriores a la aparición del hombre en la Tierra—, niega con ello, de la manera más resuelta, al materialismo; pero, lejos de negar igualmente al idea-

⁶ Recuérdese que, en el lenguaje técnico de la filosofía, las teorías del conocimiento que toman al sujeto como punto de partida suelen denominarse idealistas, aun cuando algunas de ellas nieguen al sujeto la capacidad de crear ideas propiamente dichas y sólo le concedan (como era el caso del empirismo tradicional) las facultades sensitiva, imaginativa y mnemónica.

lismo, se coloca decididamente en el campo idealista. El empirismo lógico, que niega sentido a toda proposición fáctica, cuyo contenido no sea un conjunto de operaciones realizadas por el sujeto; esta filosofía, que niega enfáticamente la materia, afirmando, en cambio, que lo que llamamos materia no es sino un conjunto de observaciones y de símbolos matemáticos dotados de existencia propia; es una filosofía idealista, aun cuando sus representantes pregonen una neutralidad que sólo puede engañar al especialista científico carente de información filosófica, y que a menudo acepta el empirismo lógico por creer que es materialista su énfasis sobre la experiencia desdeñada por los filósofos especulativos.

Ciertamente, los positivistas hablan de cosas cuando se refieren al mundo físico; pero entienden por ellas sujetos lógicos, o bien complejos de sensaciones o de observaciones. Mach, el fundador del neopositivismo, lejos de reconocer la existencia objetiva de cosa alguna, lejos de reconocer la autonomía de la naturaleza, definía esta última como aquello que se compone de los "elementos" dados por los sentidos⁶. Mach negaba la cosa en sí en cuanto objeto subsistente por sí mismo, independientemente del sujeto sensible. Explicaba que las sensaciones no son algo así como los signos de las cosas, no las reflejan en cierto modo sino que, muy por el contrario, las cosas son complejos de sensaciones⁷. ¿En qué se diferencia esta teoría, que niega la autonomía de la naturaleza, de las concepciones especulativas que también la niegan?

El empirismo lógico, sobre todo después

⁶ Ernst Mach, *Die Mechanik in ihrer Entwicklung historisch-kritisch dargestellt*, 4ª ed. (Leipzig, Brockhaus, 1901), p. 512: "Die Natur setzt sich aus den durch die Sinne gegebenen Elemente zusammen".

⁷ E. Mach, *loc. cit.*: "Die Empfindungen sind auch keine 'Symbole der Dinge'. Vielmehr ist das 'Ding' ein Gedankensymbol für einen Empfindungscomplex von relativer Stabilität". Tal es lo que repite A. J. Ayer en su célebre *Language, Truth and Logic*, 9ª impresión de la 2ª ed. (Londres, Gollancz, 1953), que según Philipp Frank es la mejor introducción al empirismo lógico. Ayer no se cansa de repetir que "material things are constituted by sense contents" y, más exactamente, que los objetos materiales son "construcciones lógicas", a partir de los "elementos", que a su vez son las percepciones o *sense-contents*. De modo, pues, que las cosas materiales derivan su existencia de su percepción actual o posible.

de su alianza con el pragmatismo norteamericano, emplea esencialmente los mismos conceptos de Mach, pero con una terminología diferente. En lugar de insistir en que las sensaciones son la raíz del mundo, el empirismo lógico prefiere hablar a veces de "operaciones". Así, por ejemplo, sostiene que el sentido de los conceptos de espacio y de tiempo está constituido por las operaciones que dan un determinado valor a una longitud o a una duración. Obsérvese que esto poco cambia la cuestión: si no hay operaciones de medición de espacio y de tiempo —operaciones propias del sujeto cognoscente o de los aparatos que obren en su poder—, no existen para el empirista lógico el espacio ni el tiempo. Así como para Mach, el mundo era un complejo de sensaciones, para el operacionismo —formulado por Wittgenstein, desarrollado por Bridgman y aceptado por el empirismo lógico en sus líneas fundamentales—, el mundo es un complejo de operaciones de medición. ¿En qué se diferencia esta filosofía de la expuesta por Berkeley en su *Tratado sobre los Principios del Conocimiento Humano* (1712)? En qué, en lugar del *esse est percipi* (ser es ser percibido), la existencia consiste en ser percibida), del Obispo de Cloyne, se enuncia ahora, al menos implícitamente, el axioma *esse est metiri* (ser es ser medido).

Hace ya medio siglo que los filósofos materialistas demostraron que, en los hechos, el neopositivismo es idealista. Por si tal demostración no fuese hallada suficientemente objetiva, citemos dos testigos no materialistas. El primero será el Profesor T. E. Jessop, quien junto con el Rev. Luce reeditó las obras completas del Obispo. En un reciente artículo⁸, Jessop elogia las críticas de Berkeley a la física de Newton y las presenta como modernistas; además, las exhibe como acordes con el espíritu de la física actual y con la filosofía positivista, en particular en lo que respecta a la crítica berkeleyana de la hipótesis de la existencia objetiva (absoluta, como se decía en los siglos XVII y XVIII) de las cosas, y a la negación de la causalidad. Como lo señala Jessop, la concepción berkeleyana del espacio y del tiempo —para tomar sólo un ejemplo, pero decisivo— es la misma que

⁸ T. E. Jessop, "Berkeley and the contemporary physics", *Revue Internationale de Philosophie*, Nos 23/24, de homenaje a Berkeley, p. 87 (1953).

la de los empiristas lógicos: según el Obispo, en efecto, no existen el espacio y el tiempo independientemente del sujeto, como modos de ser o atributos de la materia: el espacio y el tiempo, tanto según Berkeley como según sus sucesores contemporáneos, son experiencias, son percepciones. O, como dirían Bridgman, Frank, Reichenbach o Carnap, el significado de los conceptos de espacio y de tiempo, o de las proposiciones en que ellos intervienen, consiste en el conjunto de las operaciones de laboratorio o de observatorio que, empleando reglas y relojes, dan como resultado valores numéricos de una longitud o de un tiempo.

Un segundo testimonio no materialista en favor de la identidad esencial entre el idealismo subjetivo, o empirismo idealista de Berkeley, por una parte, y el empirismo lógico por la otra, nos lo proveerá el Prof. Karl Popper, que fuera prominente miembro del Círculo de Viena. En un artículo igualmente reciente⁹, Popper sostiene que las ideas fundamentales de Mach y de sus sucesores contemporáneos ya habían sido expuestas por Berkeley, y ello no sólo en lo tocante a la teoría general del conocimiento, sino también en lo referente a varios puntos básicos de la filosofía de la física. (Naturalmente, el Prof. Popper, que se ha distinguido por sus ataques al materialismo, no menciona el hecho de que todo eso ya había sido demostrado por los materialistas a comienzos de este siglo).

Por supuesto, el empirismo lógico está lejos de reducirse a la teoría del conocimiento de Berkeley; pero la acepta, aunque sin poner empeño alguno en reconocer que, al menos en lo que respecta a la gnosología, es el continuador del genial Obispo, ya que con éste comparte la afirmación de la prioridad del sujeto, de la prioridad de la experiencia del sujeto sobre todo lo demás. El empirismo lógico es consecuente con sus principios al desembocar en una teoría idealista, pero no es consecuente con sus declaraciones de neutralidad.

De las dos ramas del empirismo, la materialista y la idealista, la segunda es la única que lleva a sus últimas consecuencias la tesis inicial del empirismo en su conjunto, a saber, que la fuente del cono-

cimiento es la experiencia del sujeto tomada en sí y no como resultado de la interacción del sujeto con un objeto que posee existencia autónoma. Si el empirismo lógico no admite francamente que es idealista, es sólo porque de confesarlo ya no podría seguir denominándose antimetafísico. Pues, ¿acaso es empíricamente verificable la hipótesis de que el mundo sólo existe en la medida en que lo experimentamos? Y si no puede dársele un valor de verdad a esta proposición, ¿no es acaso no significativa y en consecuencia perteneciente a la metafísica?

En conclusión, el empirismo lógico, lejos de ser neutral en la cuestión que divide radicalmente a las tendencias filosóficas, en rigor toma partido por el idealismo filosófico, cometiendo así un pecado "metafísico" del que acusa a las demás filosofías. Pero ya es hora de que averigüemos más en detalle qué entienden los empiristas lógicos por metafísica.

III

ANTIMETAFÍSICA Y METAFÍSICA DEL EMPIRISMO LÓGICO

Como ya lo hemos recordado, los empiristas lógicos sostienen que las proposiciones pertenecientes a lo que ellos llaman metafísica carecen de sentido, son *sinnlos* o *meaningless*, y por lo tanto deben ser rechazadas. El aparente fundamento de la ruidosa oposición del empirismo lógico a la metafísica es, pues, su criterio de significabilidad (*meaningfulness*). Así, Rudolf Carnap, en el artículo *Antimetaphysics* del conocido diccionario de Runes, explica que las proposiciones metafísicas no confirmables por la experiencia carecen de significado cognoscitivo (*cognitive meaning*), y por lo tanto, son *seudoproposiciones* (*pseudo-statements*). Mas, precisamente, tales proposiciones no significativas carecen de valor de verdad.

Este criterio de significabilidad se funda, en realidad, en la clasificación kantiana de los juicios en sintéticos y analíticos. Todos concordamos en que hay verdades de hechos —expresadas en proposiciones o sistemas de proposiciones llamadas sintéticas— y verdades de razón, expresadas en proposiciones o sistemas de proposiciones llamadas analíticas. Las primeras se refieren a hechos que pueden ser o son objeto de la experiencia y, por consi-

⁹ K. Popper, "A Note on Berkeley as Precursor of Mach", *The British Journal for the Philosophy of Science*, 4, 26 (1953).

guiente, suponen un objeto sensible; las segundas se refieren a objetos inteligibles, o ideales.

Esta clasificación de las proposiciones en sintéticas o informativas, y analíticas o producidas por la razón, es de indudable utilidad práctica; pero, como toda clasificación, no debe ser tomada en un sentido absoluto, vale decir, no debe petrificársela. En efecto, la historia del conocimiento demuestra que, lo que empieza siendo empírico, a menudo termina por ser racionalizado, y lo que inicialmente es una hipótesis acaba con frecuencia por ser llevado a la práctica.

La mera existencia de la física teórica demuestra que la dicotomía positivista de las proposiciones en sintéticas y analíticas es falsa tomada en sentido absoluto, ya que la física teórica comprende juicios que son *a la vez* sintéticos (puesto que se refieren a la realidad material y empírica) y analíticos, ya que han sido inferidos anteriormente a la experiencia, por medios matemáticos y no empíricos (aunque, por supuesto, se fundan a su vez en experiencias anteriores). En una palabra, la mera existencia de la física teórica demuestra la posibilidad de los juicios *sintéticos a priori*, que tanto horrorizan a los empiristas, y cuyo descubrimiento es una de las glorias de Kant¹⁰. En cuanto se reconoce la existencia de los juicios sintéticos *a priori* todo el edificio empirista lógico, fundado sobre la imposibilidad de tal unión de lo racional con lo empírico —es decir, fundado en última instancia sobre la antigua dualidad de la materia y del espíritu—, se viene abajo. La dicotomía sintético-analítico, que figura en la base del empirismo lógico, es falsa y antihistórica: en la actividad cognoscitiva lo que es *a priori* se convierte en un *a posteriori* y viceversa¹¹.

A la falsedad de la oposición irreducible y eterna entre lo analítico y lo sintético, se

¹⁰ En lo que erraba Kant era en sostener que tales juicios sintéticos *a priori* eran producto de una especie de revelación interior, de una intuición pura semejante al tercer grado de conocimiento postulado por Spinoza, y que funcionaría independientemente de la naturaleza del mundo y del cerebro, así como con total prescindencia de la experiencia individual y colectiva. Pero no cabe duda de que fue mérito de Kant señalar la existencia, en la ciencia, de juicios sintéticos *a priori*.

¹¹ Cf. Mario Bunge, "On Truths of Reason and Truths of Fact", comunicado al Congreso Internacional de Filosofía de São Paulo (1954).

agrega el hecho de que el carácter de significabilidad está sometido a una variación histórica similar. Empecemos por las proposiciones analíticas. Para saber si una proposición analítica es verdadera o no, se la somete a las pruebas habituales de la lógica; puede resultar verdadera (esto es, lógicamente verdadera), en cuyo caso recibe el curioso nombre de tautología; y si resulta falsa (esto es, lógicamente falsa) se la llama, según la tradición, contradictoria. En cualquiera de los dos casos será significativa, y, según el empirismo lógico, su valor de verdad habrá quedado determinado independientemente de toda operación empírica. Más aún: toda proposición analítica es significativa y lo es siempre; si además es verdadera (tautológica), seguirá siéndolo por los siglos de los siglos.

Pero este carácter suprahistórico, intemporal, de la verdad o falsedad de los juicios analíticos, es ficticio. La experiencia, ese tribunal supremo del empirismo, nos dice que lo que ayer parecía lógico hoy resulta absurdo (no significativo). Y esto porque, para determinar el valor de verdad (lógico) de un juicio, *no basta* asegurar su no contradicción. La verdad o falsedad no es una propiedad intrínseca de los juicios aislados, sino de los juicios *en determinados contextos*. Vale decir, la no contradicción es una condición necesaria, a la que hay que agregar la condición de *coherencia* o compatibilidad con el resto del cuerpo de ideas al que pertenece el juicio en cuestión. Y es indudable que este cuerpo o sistema de ideas cambia con el tiempo. En consecuencia, el carácter de significabilidad de un juicio no es eterno. Baste recordar el postulado de las paralelas, que es significativo o no, según el contexto en que aparezca. Por no advertirse el carácter *relativo* (al contexto) de la significabilidad, es que en un comienzo fueron rechazadas las geometrías noeuclídeas. De manera que lo que es significativo puede dejar de serlo en el futuro, y viceversa; la caracterización de las proposiciones analíticas como significativas carece de sentido preciso si no se especifica el contexto a que pertenecen, y tal contexto, y por ende el propio carácter de significabilidad, es históricamente variable.

Lo mismo vale, *a fortiori*, para los juicios sintéticos. El criterio de significabilidad de una proposición fáctica (y en particular empírica) es, según los empiristas lógicos,

su confirmación experimental; más aún, su significado no sería no otro que el modo de su verificación empírica. Pero obviamente esto no basta: hay que agregar las condiciones de no contradicción y de coherencia, que bastan para asignarle significabilidad a una proposición analítica. Y esta vez la coherencia se refiere a la compatibilidad con un cuerpo de ideas que, por referirse a una realidad que en su mayor parte nos es dada y a la que debemos adecuarnos gradualmente, cambia mucho más rápidamente que el cuerpo de las ideas que constituye el contexto de una proposición analítica.

Si este defecto es grave, lo es más aún el problema de la verificación empírica. Los empiristas lógicos sostienen, según se recordó hace un rato, que el significado de una proposición sintética, o relativa a la experiencia, es el método mediante el cual se la puede verificar, al menos "en principio". De este modo no tienen en cuenta el hecho empírico de que, si hay algo mudable, es el conjunto de los métodos, técnicas y reglas empleados por las ciencias experimentales para verificar sus hipótesis. Para Mach carecía de sentido hablar del peso de un átomo, pues tal frase no expresaba un complejo de sensaciones; para nosotros, las proposiciones que incluyen el concepto de peso atómico son altamente significativas, tanto que en ocasiones deseáramos que lo fueran menos. Así como un ejemplo no basta para edificar una teoría, es suficiente para derribarla. En este caso, el solo ejemplo de los conceptos de átomo y de peso atómico basta para demostrar que la petrificación suprahistórica, intemporal, del significado de las proposiciones empíricas (o, en general, fácticas), no sólo es falsa, sino que en ciertos casos importantes puede convertirse (y se ha convertido) en un obstáculo al progreso científico, en una consagración del dogmatismo¹².

La conclusión que se extrae de este rápido examen es que no puede decirse de una vez por todas que una proposición dada, no contradictoria, *nunca* podrá ser verificada, y que, por lo tanto, *nunca* alcanzará a tener un significado. Lo que hoy es imposible puede resultar mañana acto cotidiano; lo que hoy parece verificable "en principio", en el futuro puede resultar ilusorio. En otras palabras, no parece que

¹² Cf. Mario Bunge, "Mach y la teoría atómica", *Boletín del Químico Peruano*, N° 16, 19 (1951).

se pueda decir, acerca de una proposición dada, que sea intrínseca y eternamente metafísica, o sea, que sea metafísica cualquiera sea el contexto en que se presente. Por lo tanto, la crítica empirista lógica a la metafísica es injustificada; lo que, por supuesto, no implica que cualquier metafísica sea válida.

Más aún: se puede demostrar que el empirismo lógico contiene proposiciones que son metafísicas, según su propio criterio de "metafísicidad". En efecto, el axioma central de todas las variedades del empirismo es: "Todo conocimiento fáctico proviene de la experiencia". Esta frase se refiere a la experiencia, por lo cual parece ser sintética, y entonces debe ser posible verificarla empíricamente. Pregunta: ¿cuáles son las operaciones empíricas que permiten verificar o refutar la afirmación de que *todo conocimiento empírico* (de contenido empírico) proviene de la experiencia? La experiencia, indispensable como es, no basta para determinar el valor de verdad de proposición alguna referente a ella misma; un conjunto particular de experimentos puede verificar o refutar una proposición singular, no así una proposición universal como la que nos ocupa¹³.

Esta proposición fundamental de todo empirismo es, según los cánones positivistas, puramente sintética; sin embargo, no puede ser refutada ni verificada por la experiencia; al carecer de un valor de verdad definido es, pues, una proposición no significativa, o sea, *metafísica*. Dicho de otro modo: aquel axioma del empirismo es, según el propio criterio empirista lógico de significabilidad, netamente metafísico. Dado que no se trata de una proposición aislada, sino nada menos que de una proposición básica que interviene en la formulación de otros numerosos juicios del empirismo lógico, puede decirse que éste es metafísico en el mismo sentido en que acusa a las demás filosofías de serlo.

CONCLUSIONES

Hemos visto que el problema del significado de las proposiciones fácticas está indisolublemente vinculado con el proble-

¹³ Un argumento similar fue empleado por el autor para poner en evidencia la insostenibilidad de la gnoseología de Berkeley. Cf. Mario Bunge, "New Dialogues Between Hylas and Philonous", *Philosophy and Phenomenological Research*, 15, 192 (1954).

ma de la realidad del mundo exterior; dado que el empirismo lógico niega que éste sea un problema, afirmando, en cambio, que es un pseudoproblema, es explicable que no pueda resolver satisfactoriamente la cuestión del significado de las proposiciones de contenido empírico, dando el espectáculo de una gran disparidad de opiniones.

Pero tampoco es estrictamente cierto que el empirismo lógico no tome posición frente al problema de la realidad del mundo exterior: el empirismo lógico no es agnóstico, sino idealista, como toda filosofía que en lugar de partir del objeto parte del sujeto, haciéndolo raíz de todo discurs-

so científico y filosófico. De manera que no es tal la pregonada neutralidad gnoseológica del empirismo lógico.

Y no es éste el único pecado metafísico del empirismo lógico. Un examen del axioma fundamental de todo empirismo, hecho a la luz del propio criterio positivista de significabilidad, y por lo tanto de "metafísicidad", nos revela que tal axioma es de carácter metafísico, pues, aun cuando se refiere a la experiencia, no es ésta la que puede validarlo o refutarlo. De manera, pues, que el empirismo lógico, que se declara antimetafísico por excelencia, es *radicalmente metafísico*, según su propio criterio de "metafísicidad".